

ASOCIACIÓN DE JÓVENES HISTORIADORES y ARQUEÓLOGOS DE MURCIA

PANTA REI
REVISTA DE CIENCIA
Y
DIDÁCTICA
DE LA HISTORIA
I - 2^a época

MURCIA 2006

EL CAUTIVERIO DE BABILONIA Y SU REPERCUSIÓN EN LA FE DEL PUEBLO ISRAELÍ

FRANCISCO PRECIOSO IZQUIERDO

¿Son los momentos más esplendorosos los que dejan en la herencia de los pueblos una memoria digna de estudio? ¿Es la gloria un deseo de todos los pueblos a lo largo de la Historia?

El caso de Israel es un punto de partida muy adecuado para responder a estas preguntas iniciales, ya que desde su inicio, marcado por la promesa de salvación y su elección como la «tierra prometida»¹, ha peregrinado a lo largo y ancho del mundo, encontrando allá por donde fuera, miseria y represión. Tal es lo trágico de la historia de Israel, que todavía hoy, a comienzos del siglo XXI, sigue disputándose la confirmación de su identidad como nación y los límites de su territorio con otros pueblos como el palestino.

La cautividad del pueblo israelí en Babilonia, corresponde a uno de los numerosos y más tristes episodios que llevaron a Israel, por segunda vez en muy poco tiempo, a marcharse de su tierra de manera forzada y en unas proporciones considerables (lo que no significa que la ciudad y el país quedaran completamente vacíos), como consecuencia del enfrentamiento con el imperio neo-babilónico del rey Nabucodonosor II.

Ya en el año 597 a. C, los babilonios habían dejado sentir su influencia en la zona de Palestina, obligando a los judíos a pagar altos impuestos y manteniéndolos constantemente vigilados por sus afinidades con los egipcios, lo que provocaría una primera gran salida de estos hacia tierras babilónicas.

¹ Ex. 19,3-6: (...) *ahora pues, si deberas escucháis mi voz y guardáis mi alianza, vosotros seréis de mi propiedad personal entre todos los pueblos, porque mía es toda la tierra; seréis para mí un reino de sacerdotes y una nación santa.*

En el contexto de conquista y afirmación del imperio neo-babilónico, éstos, bajo el reinado de Nabopolasar, habían dominado con rotundidad Asiria (612 a. C) y (aunque de manera momentánea) Egipto² y sus alrededores.

Sería al poco tiempo, en el año 586 a. C³ y como consecuencia de la mala estrategia llevada a cabo por el monarca de Israel Sedecías, en su intento de formar una gran alianza con Egipto, cuando el nuevo rey del imperio neo-babilónico, Nabucodonosor II (hijo de Nabopolasar) decidiría arrasar Jerusalén y condenar a todos sus habitantes al destierro (muchos, como el propio rey de Judá, que sería ajusticiado posteriormente en Babilonia⁴ tras contemplar la ejecución de sus hijos, y otros tantos en Egipto o incluso exiliados en Mesopotamia).

Una vez despoblada la capital del reino (aunque no debemos caer en la tentación de concebir una masiva deportación, pues la mayoría de crónicas y fuentes de la época nos hablan todavía de una pequeña actividad en la destruida Jerusalén⁵), la práctica totalidad de las clases rectoras e intelectuales, junto con sacerdotes y conocedores de la ley judía y de los textos sagrados, marcharon a Babilonia⁶ principalmente.

No es difícil pensar que una vez exiliados y lejos de su patria, el culto y la fe del pueblo israelí decayeran notablemente por la impresión de estar venerando a un Dios débil que no era capaz de protegerlos y garantizarles su continuidad. Probablemente, una parte muy reducida de la población judía, decidiera inhibirse de sus obligaciones religiosas y acomodados en Babilonia, se dedicarían a los negocios o a otros menesteres. Pero por lo general, la mayor parte de los judíos, siguieron siendo fieles a su

2 Tras la batalla de Karkemish, en el año 605 a. C, queda clara la posición hegemónica del imperio neo-babilónico, sobre el resto de naciones o pueblos que pudieran hacerle sombra.

3 Jr. 52, 4: *Aconteció que en el noveno año de su reinado, en el mes décimo, a los diez días del mes, que vino Nabucodonosor con todo su ejército a Jerusalén.* Tomando como referencia la fecha de la primera deportación, obtenemos según el relato del profeta, la data exacta de la toma de Jerusalén.

Según F. Josefo, otra de las fuentes utilizadas en nuestro estudio: *Y la ciudad de Babilonia fue tomada el año undécimo del reinado de Sedecías, y en el día noveno del cuarto mes.*

4 Como nos cuenta Flavio Josefo en sus *Antigüedades Judías: Llegados a Babilonia, Saquías fue hecho prisionero hasta el día de su muerte, y tras haberle dedicado Nabucodonosor, unos funerales propios de rey.*

5 Los cálculos estimados en el trabajo del profesor J. Bright *La Historia de Israel*, Ed. Desclée de Brouwer, Bilbao 1966, hablan de que en el siglo VIII a. C, la población de Judá superaría probablemente los 250.000 habitantes, y que tras la segunda deportación la cifra no superaría con casi total seguridad apenas los 20000 habitantes. Estos cálculos podían ser contrastados por los ofrecidos en el estudio del profesor G. Ricciotti en *Historia de Israel, I-II, 1947-1948* (traducción de Xavier Zubiri), en la que nos descubre que las cifras mostradas hasta la fecha sólo se basaban en hombres válidos, y no en mujeres y niños. M. Liverani en: *Antiguo Oriente. Historia, sociedad y economía*. Ed. Crítica, Barcelona 1995, se atreverá a aportar nuevos datos a los ya conocidos por los autores anteriores, destacando la cohesión y particularidad de los desterrados.

6 Fenómeno estudiado por el historiador Martin Noth en su obra *Historie d'Israël*, 1954.

credo y en la medida en que se lo permitieran las autoridades babilonas, continuaron practicando sus propios rituales.

Además, será en estos años de penuria cuando se pongan en cuarentena la obra religiosa anteriormente asumida, bajo la premisa propia del profeta Ezequiel, que achaca esta situación⁷ a la idea del castigo divino, es decir, Yahvé, ha permitido y tolerado la destrucción de la ciudad y del Templo como consecuencia de los numerosos errores y desmanes cometidos por sus gentes.

Es ahora, en estos momentos de inmerso dolor y confusión, cuando se plantean verdaderamente los problemas del credo judío y la necesidad de revisarlos para reconducir la situación de Israel, con el fin último de volver a ser agradables ante los ojos de Yahvé.

Es aquí cuando Ezequiel, adquiere el papel protagonista y se erige como el líder de todo el proceso renovador.

La creencia en Ezequiel de que el mismo Yahvé juzgaría a todos por su mala conducta, daría paso a la responsabilidad individual⁸, y dejaría atrás los procesos de juicio colectivo del pueblo israelita, lo que se confirmaría a la larga, como uno de los mayores progresos de la teología de Israel.

Ya el propio Ezequiel, señalará con total rotundidad los que para él, han sido responsables directos de la catástrofe: los sacerdotes, nobles adinerados y falsos profetas.

Es ahora, una vez que ya ha dejado clara cual es su visión⁹ de los hechos, cuando se dedicaría a predicar palabras de consuelo a un pueblo que dolorido, no renuncia a ellas, sino que las escucha con atención y espera ansioso la revelación de una nueva alianza¹⁰ con Yahvé. El paso de la condenación y de la acusación, a una promesa de salvación y de retorno, será una constante a lo largo de los años que dure el destierro.

El profeta dará un novedoso impulso a la cultura hebrea durante el exilio, fruto de la asimilación de elementos varios concebidos gracias al contacto con la civilización babilónica y de la renovación propia de la tradición judía.

7 La figura del profeta Ezequiel es de especial relevancia en estos años del exilio, pues se erigirá como la persona clave y más influyente en el seno de la comunidad judía, convirtiéndose en el adalid de la renovación del culto religioso, que considera necesario para no repetir los mismos errores que han conducido a su pueblo al borde del abismo.

8 Según F. Castel, «Ezequiel se dirige al individuo: el hombre no tiene por qué pagar por los pecados de su padre, el malvado no morirá si se convierte», en: *Historia de Israel y de Judá*, Verbo Divino, 1988.

9 La reciente obra de Paolo Sacchi, *Historia del judaísmo en la época del Segundo Templo*, señala, que esta visión de Ezequiel es clara, y que para el profeta, todos los acontecimientos responderán a un detallado plan trazado por el propio Yahvé.

10 Ez. 37, 26-27: *Dios entablará entonces una nueva alianza y habitará permanentemente con su pueblo.*

Son el dolor y el sufrimiento, los motores de toda la ola de renovación y de revisión que en Babilonia, la comunidad israelí inicia para volver a ser agradable a los designios de Yahvéh y confiados en su perdón, volver cuanto antes a su tierra. La razón principal, la respuesta a la pregunta de cómo fue capaz Israel de soportar tan alto grado de calamidad y de angustia, sólo la encontramos en su fe y en el profundo examen de conciencia que durante el exilio realizó, animado por la impronta de figuras como Ezequiel, que confiaría en la purificación de su pueblo y en la recompensa divina.

El dogma sobre el que estaba sustentado el Estado y el culto, habría recibido un golpe mortal, ya que consistía en la seguridad de la elección eterna de Sión (morada de Yahvéh) y sus promesas de crear una dinastía que no tendría fin.

Israel descansaría segura y rechazando amonestaciones proféticas, confiaban en la intervención de Yahvéh que en un futuro debería traer al descendiente de la casa de David. Ese era pues, el destino del «pueblo elegido».

La fe de Israel afrontó con éxito la prueba¹¹, mostrando en líneas generales, una tenacidad y vitalidad asombrosas. Los verdaderos profetas que estuvieron presentes en la catástrofe, Jeremías y sobre todo Ezequiel, encontrarían una respuesta espiritual al desastre de su pueblo, que supieron transmitir para así mantener viva la chispa de esperanza para el futuro.

Con la seguridad que ofrecían estos profetas de que Yahvéh no estaba lejos de ellos, prepararon el camino para la formación de una nueva comunidad, caracterizada por su adhesión al eje tradición-ley, en los que numerosos recuerdos y costumbres serían celosamente preservados y honrados.

Es en estos años del siglo VI a. C, cuando se llevará a cabo la recopilación y colección de los escritos de los profetas que darán como resultado la compilación de los libros proféticos.

Las leyes que regían la vida religiosa y que formarán el llamado Código Sacerdotal (en el que se reflejaría también las prácticas del Templo de Jerusalén), serán codificadas en una estructura definitiva en estos años de exilio.

Y es que, el Código Sacerdotal, una de las cuatro fuentes¹² que según la escuela de Wellhausen, constituyen el Pentateuco, tiene su redacción en estos momentos de renovación y revisión de toda la obra teológica y legislativa en que se disponía la vida pública del pueblo israelí.

11 El propio J. Bright en su obra *La Historia de Israel*, Desclée Brouwer, Bilbao 1966, reflexiona sobre el resultado del exilio, y desde una perspectiva favorable, afirma que *su fe disciplinada y fortalecida, sobrevivió igualmente y encontró poco a poco, la dirección que habría de seguir a lo largo de los siglos venideros.*

12 Muchos autores las consideran más bien tradiciones literarias, fijadas por la tradición oral en lugares muy lejanos entre sí.

Según Wellhausen, la redacción del Pentateuco adquirió su forma actual a través del ensamblaje de cuatro documentos: junto con las narraciones E (de tradición Elohista), J (de tradición Jahvista) y D (de tradición Deuteronomista), nos encontramos con una cuarta, la tradición del Código Sacerdotal (a la que nos referimos como P, del alemán *Priesterkodex*, cuya traducción viene a decir el libro del sacerdote), que ha sido considerada como una de las fuentes más antiguas del Pentateuco, hasta que autores modernos de la talla de Reuss y de Graff, afirmaron que podría datarse en época de Esdras, tesis que sería refrendada por el propio Wellhausen y el teólogo Kuenen.

Como fuente literaria, se diferenciará de las otras tres (Elohista, Jahvista y Deuteronomista) por una serie de particularidades bien definidas.

Así, observamos en los textos pertenecientes al Código Sacerdotal, continuas referencias a la cronología¹³, listas¹⁴ y genealogías, y también numerosas notas al culto y a la idea de la gran alianza¹⁵.

Se le supone como ya hemos dicho, escrito en los años del destierro y posteriores, para que hacia el 445 a. C., se uniera con el resto de tradiciones, formando el Pentateuco actual.

Este caso de la tradición del Código Sacerdotal, es una clara muestra de la capacidad renovadora que impulsada desde el dolor y la tragedia del destierro, lleva a Israel a reformar todo su cómputo de leyes y de normas para hacer purificar sus pecados del pasado, sabedores del castigo infringido por Yahvéh.

La fuerza y la solidez de la cultura hebrea, que supo aguantar el sufrimiento y el dolor de dejar atrás su tierra, su Templo y su vida en común, es un ejemplo extrapolable a nuestros días, en el sentido de la identificación de los pueblos con su cultura. Una nación, que no respete, proteja y defienda su cultura y sus tradiciones se verá abocada al primer contratempo al caos y a la desaparición como tal. He aquí la lec-

13 Num. 1:1 *Habló Jehová a Moisés en el desierto de Sinaí, en el tabernáculo de reunión, en el día primero del mes segundo, en el segundo año de su salida de la tierra de Egipto.*

14 Num. 1:4 *Y estará con vosotros un varón de cada tribu, cada uno jefe de la casa de sus padres. 1:5 Estos son los nombres de los varones que estarán con vosotros: De la tribu de Rubén, Elisur hijo de Sedeur. 1:6 De Simeón, Selumiel hijo de Zurisadai. 1:7 De Judá, Naasón hijo de Aminadab. 1:8 De Isacar, Natanael hijo de Zuar. 1:9 De Zabulón, Eliab hijo de Helón. 1:10 De los hijos de José: de Efraín, Elisama hijo de Amiud; de Manasés, Gamaliel hijo de Pedasur. 1:11 De Benjamín, Abidán hijo de Gedeoni. 1:12 De Dan, Ahiezer hijo de Amisadai. 1:13 De Aser, Pagiel hijo de Ocrán. 1:14 De Gad, Eliasaf hijo de Deuel. 1:15 De Neftalí, Ahira hijo de Enán.*

15 Jos. 21:43 *De esta manera dio Jehová a Israel toda la tierra que había jurado dar a sus padres, y la poseyeron y habitaron en ella. 21:44 Y Jehová les dio reposo alrededor, conforme a todo lo que había jurado a sus padres; y ninguno de todos sus enemigos pudo hacerles frente, porque Jehová entregó en sus manos a todos sus enemigos. 21:45 No faltó palabra de todas las buenas promesas que Jehová había hecho a la casa de Israel; todo se cumplió.*

ción de Israel, que contrariados por una gran desgracia, supieron corregir sus propios errores desde la perspectiva de reconciliación con ellos mismos y con su cultura.

La relación entre el dolor del pueblo israelita y su reacción contra las causas que han originado la actitud de consentimiento del propio Yahvéh ante tal catástrofe, se observan en toda su magnitud, con la necesidad que siente el mismo pueblo de revisar sus leyes para enderezar su conducta.

Esta sería la gran aportación de los cuarenta y siete años que dura el destierro en Babilonia (y que acabaría con la toma de la ciudad por el gran rey persa, Ciro II «el Grande»¹⁶); la capacidad de asimilar el dolor y la tragedia para después encauzarlos en todo este proceso de revisión legislativa y religiosa, del que personajes como Jeremías antes, Ezequiel durante y Esdras después del exilio, serán los activos más importantes de la historia de Israel en el siglo VI a. C.

16 Edicto de Ciro II: *Soy Ciro, rey del mundo, gran soberano, monarca legítimo, rey de Babilonia* (...). Se constituye como una fuente para el estudio de la Historia de Israel en estos años en los que tiene lugar el advenimiento de un nuevo y gran soberano como sería el propio Ciro II.